

Ficha de ejercicios

2ºESO

Octubre 2023

Lengua castellana y literatura

Nombre:



1-. Lee los siguientes textos y compáralos:

Había una vez una vieja cabra que tenía siete cabritillos. Los quería mucho y como no quería que les pasase nada malo, siempre insistía cuando se iba a por comida que tuvieran mucho cuidado y no abrieran la puerta a nadie.

- No os fiéis de nadie. El lobo es muy astuto y es capaz de disfrazarse para engañaros. Si veis que tiene la voz ronca y la piel negra será él.
- ¡Síiii mamá, tendremos cuidado!

En cuanto la cabra desapareció, apareció el lobo y llamó a la puerta:
- ¿Quién es? –Preguntaron los cabritillos.

- Abridme hijos míos, soy vuestra madre.

Pero los pequeños recordaron el consejo de su madre y no se fiaron.

- Tú no eres nuestra madre. Nuestra madre tiene la voz suave y tu la tienes muy ronca.

El lobo se marchó enfadado por haber sido descubierto y fue directo a la tienda donde se compró un trozo de yeso para suavizar su voz. De nuevo volvió a la casa de los siete cabritillos.

- ¿Quién es? –Preguntaron los cabritillos.
- Soy yo, vuestra madre.

Esta vez su voz sonaba suave, así que los cabritillos no estaban seguros del todo. Entonces, vieron por la ventana que su pata era negra como el tizón y se dieron cuenta de que era el lobo.

- ¡Tú no eres nuestra madre, eres el lobo! Nuestra madre tiene las patas blancas.

El lobo volvió a marcharse malhumorado pensando en que esta vez lo conseguiría. Fue al molinero y le pidió que le pintase la patita con harina, y aunque al principio el molinero no se fio de él, le entró miedo y acabó accediendo.

De modo que el lobo volvió a llamar a la puerta.

- ¿Quién es? – Preguntaron los cabritillos.
- Soy yo, vuestra madre.
- Enséñanos la patita para que podamos verla.

Al ver los cabritillos que su pata era blanca como la nieve creyeron que de verdad se trataba de su madre y le dejaron pasar. Pero cuando vieron que era el lobo, corrieron despavoridos a esconderse por todos los lugares de la casa. Uno se metió debajo de la cama, otro en el horno, otro en la cocina, otro en el armario, otro en el fregadero y el más pequeño en la caja del reloj.

El lobo fue encontrándolos y comiéndoselos uno por uno, excepto al más pequeño, al que no pudo encontrar.

Estaba tan harto de comer cuando terminó que se fue a tumbar debajo de un árbol y se quedó profundamente dormido.

Entretanto llegó mamá cabra y menudo susto se dio cuando vio que toda la casa estaba revuelta y no había ni rastro de sus hijos. Entonces la más pequeña la llamó desde la caja del reloj, su madre la sacó de su escondrijo y le contó lo ocurrido.

La vieja cabra cogió tijeras, aguja e hilo y fue con el cabritillo en busca del malvado lobo. Cuando lo encontraron cogió las tijeras y le abrió la tripa al animal. De ahí salieron uno por uno sus seis cabritillos vivos.

Todos estaban muy contentos de estar sanos y salvos, pero la madre quiso darle al lobo su merecido y ordenó a los pequeños que fueran a por piedras.

Con astucia, logró la vieja cabra llenar al lobo el estómago de piedras sin que éste lo notara.

Cuando se despertó, tenía mucha sed y al acercarse al pozo para beber agua, el peso de las piedras hizo que se cayera dentro y se ahogara. Los cabritillos se acercaron al pozo y comenzaron a saltar y cantar en corro alrededor de él celebrando que volvían a estar los siete juntos.

El regalo

Una maestra, en el día de su cumpleaños, estaba abriendo todos los regalos que le habían hecho cuando, de pronto, e le acercó una niña que llevaba una pequeña flor naranja en su mano.

- Vaya– dijo la maestra sorprendida al verla–. ¿Dónde has encontrado esa flor tan bonita?
- Bueno, en realidad no la he encontrado, he ido a buscarla. Esta es una flor que solo crece en las partes más aleadas del bosque, justo a la orilla del lago.

La profesora sabía que el lago estaba a unos seis kilómetros de distancia de la escuela y que aquella niña habría tardado horas en conseguir la flor.

Se emocionó tanto que no pudo evitar derramar unas lágrimas.

- Muchas gracias, muchas gracias, es un detalle tan, tan bonito, pero no debiste ir tan lejos para buscarme un regalo.
- Bueno, contestó la niña–, eso también forma parte del regalo.

Eloy, Moreno, “El regalo” en *Cuentos para entender el mundo*. Ed. Penguin Random House.

- a) **¿A qué género literario te parece que pertenecen los textos anteriores? ¿A qué subgénero? ¿Qué diferencias encuentras entre ellos? Justifica tu respuesta lo máximo que puedas.**

2-. Lee los siguientes fragmentos y fíjate en la parte de diálogo, ¿qué diferencias encuentras? ¿Sabes cómo se llaman?

a. *Locutorio*

Que matéis guardias y chivatos, pase. Perno niños, no. Hace un calor de espanto en este cuarto. *Amatxo*, joé, no hables tan alto que seguro que nos escuchan. Aquí huele que apesta a micrófono escondido. Y tienen gente que sabe euskera, que les traduce. ¿Y te dan bien de comer? Sí, amá, no te preocupes. Pues te he traído pan de higo. Hecho por mí, ¿eh? No comprado.

Señora, haga el favor de despedirse. Ya han transcurrido los cuarenta y cinco minutos. ¿Tan pronto? Oiga, que es mi hijo. Señora, no complique las cosas. Vete, amatxo, que si no estos cabrones no me dejarán verte la próxima vez.

“Maritxu” en *Los peces de la amargura*, Fernando Aramburu. Ed. Tusquets.

- b. Aquella mañana la señora traía malas cejas. Al hablar parecía como si mordiese las palabras:
- Dile a tu marido que deje el puesto y se vaya. Si no, le tendrás que ir preparando la capilla ardiente y no te lo digo más. Ya estáis avisados, sinvergüenzas.

“Madres” en *Los peces de la amargura*, Fernando Aramburu. Ed. Tusquets.

3-. El siguiente texto es una buena muestra de lo que es un monólogo interior, ¿qué crees que es, basándote en la lectura del fragmento? ¿Qué características tiene?

[...] Por eso mismo temía declaraciones que habrían exigido respuestas, o peor aún, reciprocidad. En semejante registro, mentir constituye un suplicio. Descubrí que mi miedo era infundado. Rinri solo esperaba de mí que lo escuchara. ¡Cuánta razón tenía! Escuchar a alguien es lo más. Y yo le escuchaba con fervor.

Lo que sentía por aquel muchacho no se correspondía con ninguna palabra del francés moderno, pero en japonés el término adecuado era *koi*. En francés clásico, *koi* puede traducirse por gusto. Sentía gusto por él. Era mi *koibilo*, aquel con el que compartía el *koi*: su compañera era de mi gusto. [...]

Amélie Nothomb, *Ni de Eva ni de Adán*. Ed. Anagrama.